

Guerra Civil de Chile.

BATALLAS DE



C

ONCÓN

Y

PLACILLA

REMINISCENCIAS DE UN EX-TERCERANO

Buenos Aires

1892



AL LECTOR

Lejos de Chile y de las persecuciones de mis enemigos políticos y viviendo al amparo de las leyes y de la noble hospitalidad de la Nación Argentina, doy á luz el presente opúsculo, cuyo autor es un compatriota que, en mi compañía, peleó en Concón.

He sido, pues, testigo de casi todos los episodios que narra el señor Víctor J. Arellano en sus reminiscencias.

El señor Arellano salió herido en aquella batalla y, no obstante de su grave estado, escribió su libro días después.

Conocedor de esto cuando preparaba mi viaje por la vía andina, solicité de él el manuscrito, con el objeto de publicarlo aquí, por ser allá imposible hacerlo á causa de que la prensa llamada

restauradora fiscaliza todo género de escritos, como por la animadversión que hay por los partidarios del pasado gobierno.

Cumplo, pues, con la promesa que hice á mi compatriota, de publicar su narración fuera de los liuderos de la patria.

Por lo demás, la narración está exacta y abundante de datos, de animación y colorido.

Por esta breve reseña de las batallas de Concón y la Placilla, el lector puede formarse perfecta idea de los acontecimientos y de la manera cómo se declaró el triunfo por las armas de la revolución.

C. A. L.

Buenos- Aires, Noviembre de 1891.



¿HABRÁ COMBATE?



ÍA DE GRANDES TRAGINES fué para nuestro Regimiento el 19 de Agosto de 1891.

Era yo oficial del 3.º de línea, cuerpo que había sido organizado treinta y nueve años antes para el servicio de la República.

Por lo que pudimos colegir entre los colegas de armas, se había tenido noticias exactas de un desembarco de las tropas revolucionarias en Concón.

Otras versiones, señalaban á Quinteros como el lugar amagado.

Al medio día, aún no sabíamos de cierto á cual de los puntos llevaríamos el ataque, pero sí que debíamos pelear en uno ó dos días más.

—¿Hay combate?—preguntaban los veteranos.

—Parece que sí, contestábamos.

—Yo creo que habrá, respondía alguno; porque estoy sintiendo escalofríos y se me enardece la sangre!...

Y frotándose las manos, retirábanse á su cuadra, contentos por que otra vez se les proporcionaba la ocasión de *calentar el cuerpo*, según su decir.

Ya en la tarde, los jefes nos dieron la orden de alistarnos para la marcha.

Quien primero supo de cierto la noticia en mi compañía, fue el sarjento primero Basilio Figueroa, que alegre y respetuoso acercóse, y díjome:

—¡Albricias! ¡albricias!

—¿Por qué?

—¡Mañana tenemos combate!

—Mañana!...

En tanto, el Regimiento seguía alistándose, á fin de depositar en el almacén del cuerpo la ropa y armamentos sobrantes.

—Al combate!—repetíamos todos, dándonos miradas de infinitas ansias...

Creíamos dejar Valparaíso al anoecer.

Mas, no sucedió así.

Llegó la noche, y tropa, oficiales y jefes, durmieron con sus vestiduras. Pero, el sueño se mostró desdeñoso con nosotros hasta los resplandores del alba.

Cada cual pensaba en el mañana... en ese misterioso mañana!...

¿Cuántos habrían de menos después de la cruenta lucha?

¿Á quienes inmolaría la suerte?

¡Misterio!...

Y luego, qué diversidad de pensamientos se agolpan á la mente en la víspera de una batalla!...

¿Quién, por desventurado que sea, no tiene en el mundo algún sér que ha enardecido su corazón, por medio de la amistad ó del amor? Un padre, una madre, un hermano, una hermana, un pariente, un amigo, quién no los tiene?

Y de esa juventud generosa y de viriles ímpetus, ¿cuántos modestos héroes no han encimado las cumbres de la gloria, sin otro guía que los dulces ensueños del amor?...

Una novia!... Ah! debe ser muy triste entregarse al azar de la guerra cuando hay de por medio una mujer hermosa y adorable!

Es para desvelarse la víspera de un combate!

La memoria torna al pasado, investiga el presente y á través de la bruma del tiempo, parecele encontrarse con amigos y enemigos, y de buena gana reconciliaríase con todos ellos!...

El hombre es entonces menos egoísta, porque no cuenta con la huésped a al día siguiente.

Por lo demás, la esperanza es tan agradable compañera, y la vida, aún para los excepticos, es tan amable... La noche, en fin, nos fue pesadísima.

Queríamos conocer la realidad de nuestra situación y sorprender los designios de la suerte.

¿Cuáles serían los escogidos para el sacrificio?

Ese era el problema, ya talvez resuelto por el destino, y cuya solución nos mantenía inciertos y meditabuudos

Nobstante, el deber nos mandaba sonreír, y ¿quién, en su cumplimiento y ante el peligro, se preocupa de tales cavilaciones?...





PÁGINA GIRONDINA

El belicoso resonar de las cornetas nos anunciaba ya la claridad de un nuevo día.

¡Era el 20 de Agosto!

La diana producía éxtasis infinitos en nuestra alma de guerrero.

Los instrumentos de la banda que la tocaban, jamás habían esparcido los acordes de una derrota, y sí con májico son parecían orgullosos pregonar las tradicionales glorias terceranas.

¿Acáso no eran esas mismas cornetas las que inspiradas por la Fama inmortalizaron el estandarte del 3.º en las memorables jornadas del Perú?

Sí; eran las mismas: su recuerdo nos decía que en las futuras batallas teníamos gloriosas tradiciones que conservar, y que el nombre del 3.º debía pasar sin mancha á la historia, como póstumo homenaje á tantos invictos guerreros que nos habian precedido.

Chacón y Poblete, los dos héroes--mártires de Arica, vivían eternamente en nuestra memoria y

al evocar su recuerdo, no podíamos ménos que decir con el ilustre poeta, cantor de nuestras inmortales glorias:

“Con tus nombres sabremos vencer,
Ó tu noble y glorioso estandarte
Nos verá combatiendo caer...”

¡No olvidaré tan fácilmente aquella mañana, para mí de muy íntimos recuerdos!

Se deslizó el día en medio de nuestros preparativos de viaje.

Los víveres, el vestuario, las municiones, todo debía llamar nuestra preferente atención.

El equipo total del soldado componíase de cascaca gris y pantalón colorado de paño, sus correspondientes botas y kepí, una frazada y dos mudas de ropa interior.

Se ordenó el reparto de víveres para tres días. Estos componíanse de charqui, cebollas y galletas.

Cada soldado debía llevar en su canana y fornitura, ciento cincuenta tiros á bala.

Nuestro armamento era Comblain, de 1,200 metros de alcance.

Por fin llegó la tarde, y los compañeros, que asediados con los quehaceres del día no habían podido comunicarse, nos reunimos á la hora de comida.

Recuerdo que en estrecho consorcio nos hallábamos á esa hora, el sarjento mayor don Pedro Pablo Barraza, los capitanes, ayudante Zenón Plaza, José María Zambrano, Diego 2.º Contador,

Federico Monreal; los tenientes, Luis Arellano, Rafael Patiño del Pozo y el que esto escribe.

En los primeros instantes, el lenguaje de nuestra conversación fue únicamente el de las miradas. Cada cual parecía embebido por algo inexplicable. De pronto, alguien reclama atención.

Todos nos dispusimos á escuchar con interés

—“Amigos,—dijo la persona que hablaba, que era Patiño del Pozo,—en la vida del hombre hay supremos instantes. Demás está que os diga que es uno de ellos el presente; un momento más y cada cual al frente de su compañía solo se separará de ella para señalarle el rumbo de la victoria ó para caer envuelto en la bandera del deber... ¡Quién sabe cuál será el término prefijado por nuestro destino! La tarde de nuestra vida suele estar á veces demasiado cerca!... Las mejillas se hallan enrojecidas por la sávia que la sustenta; mas, los efectos de la metralla la dán también la blancura del mármol! Por eso considero supremos estos instantes; porque es necesario que una y otra vez nos miremos todos, por si no volviéramos á vernos!... Un encargo les hago á mis amigos: si Patiño del Pozo cae en el combate, decid que siempre luchó por sus ideas, que la justicia fue su guía y el amor á sus semejantes su norma! Entretanto, como dijo el gran poeta, apresurémonos á reír, por si tuviéramos que llorar, y sea nuestra última frase un ¡viva el Gobierno constituído!”

Á pesar del melancólico tinte de este brándis, no pudimos menos de aplaudir calurosamente al orador.

Emocionado, quise también expresar los sentimientos que embargaban mi corazón, y dije:

—“Invitándonos á reír, Patiño nos ha demostrado tener un gran corazón. Sí, en efecto, la sonrisa debe ser el arma de los guerreros y la resignación de los dioses. Reír ante el peligro, es despreciar la muerte; reír en la desgracia, es desafiar al infortunio, morir inspirado en el bien y con la sonrisa en los labios, es elevarse á la categoría de las divinidades. Ríamos, pues, de la calumnia que nos daña, de la falsía que nos hiere y del proyectil que mata!...”

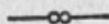
Con inspirado acento habló también el mayor Barraza:—“Si no hubiera de comparar circunstancias, si solo me dejara llevar por las impresiones que el tierno acento de los brándis producen en mi corazón, creeríame transportado á la memorable escena que la inmortal pluma de Lamartine describe á propósito de la última noche de los Girondinos... En verdad, nuestra frase de despedida no debiera ser un ¡adios! sino un ¡hasta luego! Si la suerte nos abandona en esta jornada, si anonadadas fuesen nuestras huestes, no todos habremos de sucumbir... Hay en el hombre un precioso talismán que Dios le ha concedido y cuyo poder le hace tener siempre presente á las personas que le son queridas. Ese talismán es el recuerdo de los que viven hácia los que ya han emprendido el eterno viaje. De aquí por qué decia hace poco que ¡hasta luego! debiera ser la frase de nuestra despedida; los que sobrevivan de las batallas que nos esperan, podrán mirar en el espejo de

su memoria á los compañeros que fueron. Y si grande ha sido nuestro afecto en la vida, si sobrenatural es nuestro espíritu, ¿quién sabe si el alma del que se ha ido acompañe á la del que se queda gozando con sus triunfos ó llorando en sus desgracias!..."





¡EN MARCHA!



El sol besaba con sus últimos rayos las cristalinas ondas del mar, cuando el toque de *tropa* llegaba á nuestro oído cual si decirnos quisiera: ¡en marcha!

Nunca pudimos notar mayor entusiasmo y alegría más intensa entre los terceranos, que en aquellos momentos.

La tropa acudía á sus pabellones al sonoro grito de "¡viva el Presidente de la República!", nacido de ochocientos pechos, á cual más dispuesto al sacrificio por el triunfo de la democracia y de las ideas liberales.

No pasarían cinco minutos, y ya el primer batallón se puso en marcha, con sus respectivos jefes y plana mayor á la cabeza. El segundo, siguió luego el rumbo de su antecesor, con admirable orden.

Partidarios y enemigos, no podían menos de quedar admirados del contento que reinaba en nuestras filas.

Innumerable gentío se apiñaba á las veredas para presenciar el desfile.

Durante el trayecto de la Aduana á la Estación del Puerto, la multitud no cesaba de vivir al 3.º de línea.

El respeto que se tenía por este Regimiento, la veneración que al pueblo chileno inspiraban sus pasadas glorias, más que ninguno demostró Valparaíso, testigo de su lealtad y de su heróico e inmortal fin.

Cuando llegábamos á la estación, atronadores ¡hurras! iban á herir agradablemente nuestros oídos, como manifestación espontánea de cariño á los leales terceranos.

Más de mil personas allí agitaban al aire sus sombreros ó aclamaban los nombres de los antiguos jefes del Ejército.

Debido á la mala disposición de los señores encargados de preparar los convoyes, solo después de las 8 P. M. concluía el embarque del Regimiento.

En ese instante aparecía también el batallón Limache, y los ¡vivas! de frenético regocijo, entre limachinos y terceranos, parecían llegar al delirio.

Las bandas de músicos de ambos cuerpos, interrumpían estas exclamaciones de júbilo, llevando al alma, en oleadas de terneza infinita, los melodiosos acordes de patrióticas marchas triunfales.

Todo aquello significaba una agradabilísima despedida.

Púsose en marcha el convoy, y el paisanaje, harto ya de emociones y sin reparar la imprudencia con que exponía sus vidas, agolpóse á los wagones, estrechando con alborozo las

manos de amigos ó conocidos, que talvez ya no volverían á ver...

Íbamos ya lejos y áun repercutía cariñoso y sentimental el sublime ¡adios!...

Tan presto húbose divisado el tren que nos conducía, la Canción Nacional fue tocada con patrio regocijo en la estación de Bella-vista, por la banda de los *hermanos* del 10°, que así designaban los terceranos á los heróicos voluntarios del cuerpo mencionado.

En efecto, tenían razón para darse tal calificativo! Existía gran homogeneidad, por no decir un *cercano parentesco* entre los dos Regimientos.

Los jefes del 10°, casi en su totalidad habían conquistado sus galones en las filas del 3.°, y en cuanto á los vi-jos oficiales, muchos de ellos habíanse formado también en este último cuerpo.

De las clases y soldados podía decirse otro tanto, pues el 10° había sido formado con base de los inválidos, y muchos de éstos hicieron anteriores campañas en el 3.°

Los estrepitosos ¡vivas! á los comandantes Waydele y Trucoso, al coronel Arellano y á los comandantes Fredes, Herrera, Hermosilla y otros, atronaban el aire repetidos por dos mil almas fusionadas por el más intenso patriotismo.

Al son de marchas triunfales, y después de un tierno ¡hasta mañana!, partió la veloz locomotora y nos condujo á Viña del Mar, nido de amor, habitado por hadas y ondinas...



DE VIÑA DEL MAR Á CONCÓN



Luna espléndida iluminaba las campiñas que debían recorrer los soldados del orden.

En Viña del Mar nos unimos á varios cuerpos de la 1.ª División Santiago, entre otros, al Buin 1.º de línea, al 7.º, Traiguén y Mulchén.

El 3.º tomó la vanguardia en el desfile, sucediéndole los cuerpos mencionados.

Á la 2.ª División no le eran desconocidos los caminos de Viña del Mar á Concón, pues algunos de ellos había reconocido en viaje de instrucción.

La marcha fue lenta y silenciosa, cual convenía á la estrategia militar.

Después de avanzar tres leguas, dióse orden de hacer alto á la expedición, con el objeto que la tropa se entregara algunas horas al reposo.

Antes del amanecer del 21 seguimos de nuevo la ruta de Concón, llegando á este punto como á las diez de la mañana.

Desde las primeras horas del día llegaba hasta nosotros el estampido producido por ambas artillerías.

Efectivamente, se había empeñado un prolongado tiroteo, que á la hora de nuestra llegada arreciaba por instantes.

El 3.º armó sus pabellones en el mismo camino real, entregándonos al descanso sin preocuparnos los más de la hostilidad de la artillería enemiga.

Poco tardaron los proveedores en llevar á nuestro campamento succulentas municiones de boca y los rancheros se dedicaron con afán al desempeño de su cometido.

Fueron muertas algunas reses, y la jugosa carne, artículo de lujo en campaña, parecía convidar á los apetitosos estómagos.

De improviso, dióse orden que la tropa dejara sus rollos en el sitio que ocupábamos, conservando el soldado su caramañola, forniture, canana y rifle.

Este era un aviso de que muy luego entraríamos en pelea.

Por nuestra parte, no deseábamos otra cosa.





LO QUE SABÍAMOS DEL ENEMIGO

Desde los primeros días de Agosto principió á circular con insistencia en Valparaíso, la versión de que los revolucionarios expedicionarían al sur.

Á pesar que otras veces se había referido igual cosa, sin que esto llegara á efectuarse, varias circunstancias inducían á los hombres de gobierno á parar mientes en lo que se aseveraba.

No era ya un misterio que el buque insurgente *Maipo* había conducido al enemigo pertrechos de guerra, de que carecía á fines de Junio.

Tampoco lo era para ellos que en un mes más contaríamos con los veloces cruceros *Presidente Pinto* y *Errázuriz* y con el magnífico transporte *Aguila*, recién negociado con los hermanos Lavarello, de la Compañía de Navegación Italiana.

La escuadra revolucionaria, por el lento andar de sus buques, como por el poder de la artillería de los nuevos cruceros y la pericia de los jefes que los dirigían, se vería imposibilitada para presentarles combate.

Tampoco era cosa fácil para el enemigo el ganarse á sus jefes, oficiales y tripulación, ofreciéndoles gruesas sumas de dinero.

Amengual, Sánchez Albaradejo, Villagrán, de la Cruz, Toro, y tantos otros servidores de la patria, eran incapaces de echar un negro borrón sobre la querida estrella, en tantas ocasiones por ellos heroicamente defendida.

Eran las miras del Gobierno expedicionar al norte tan pronto como llegaran los buques.

Sobrados motivos tenían, pues, los insurgentes para tratar de ganarnos tiempo en una expedición, aún jugando en ella el todo por el todo.

Así las cosas, en la mañana del día 20 de Agosto el sargento mayor don Belisario Athás, de nuestro Regimiento, destacado en Quinteros, daba cuenta oficialmente de la aparición de la escuadra rebelde al frente del mencionado puerto.

Enviado al mismo punto á las 2 P. M. de ese día el teniente Santa Cruz, del Batallón Aconcagua, en observación del enemigo, pudo, á su vuelta, confirmar el desembarco de éste.

Agregó, además, el teniente Santa Cruz, que el minimum del ejército revolucionario no bajaba de diez mil hombres, de las tres armas, calculando en treinta y cinco las piezas de artillería, y que para conducir éstas disponían de número suficiente de mulas.

Hasta aquí, lo que pudimos saber del enemigo antes de empeñarse el combate de Concón.





NUESTRO PLAN DE OPERACIONES

El plan de defensa nacional elaborado por los jefes del Ejército y con entera adhesión del Presidente de la República, no podía ser mas sencillo ni mejor dispuesto.

Ante todo, determinaba reducir á cuatro las divisiones, distribuidas en las ciudades mas populosas.

La 1.ª, de Santiago, mandada por el general de división don Orozimbo Barbosa, constaba de seis mil y quinientos soldados.

La 2.ª, de Valparaíso, mandada por el general de brigada don José Miguel Alcérreca, contaba siete mil soldados.

La 3.ª, de Coquimbo, mandada por el coronel don Ramón Carvallo Orrego, diez mil hombres.

La 4.ª, de Concepción, al mando del coronel don Daniel García Videla, también de diez mil soldados.

El total de las cuatro divisiones, arrojaba, mas ó menos, la cifra de treinta y tres mil quinientos hombres, bien armados y mejor disciplinados.

La División de Coquimbo, que era la mas expuesta á sufrir un ataque del enemigo, tanto

por su proximidad á éste, cuanto por lo difícil de protegerla, por no contar el Gobierno con elementos navales, debía aceptar combate por sí sola, y en el caso de una derrota, procurar replegarse á la capital, haciendo tan penosa jornada por tierra.

En cuanto á las divisiones de Santiago, Valparaíso y Concepción, su concentración era por demas fácil y segura.

El Presidente señor Balmaceda, sus ministros y generales, habían estudiado detenidamente este punto y llegaron á formarse la convicción que el enemigo, en caso de expedicionar al sur, procuraría efectuar su desembarco en los alrededores de Valparaíso, San Antonio ó Talcahuano.

Los jefes de la 1.ª, 2.ª y 4.ª división recibieron, pues, orden de no aceptar combate sin que se replegaran todas ellas, lo cual, como ya lo hemos dicho, no podía ser más fácil, rápido y seguro. Las de Valparaíso y Santiago, podían reunirse en siete horas; la de Concepción, sobre Santiago, en veinticuatro y sobre Valparaíso, en treinta y una.

Tenemos, pues, que reunidas las tres divisiones, del centro y sur, podía formarse una línea de batalla de veinte mil soldados.

Esto, descontando las guarniciones, que habrían de quedar en las ciudades ántes mencionadas.

Los revolucionarios, por su parte, podrían presentar en combate diez mil hombres.

¿Cabría dudas acerca del positivo triunfo de las armas del orden, si se observaba fielmente tan acertado plan de operaciones?

Los más obstinados en predecirnos nuestra derrota, habrían contestado que nó.

De uno y otro bando eran chilenos, y solo vencería el mayor número.

Desgraciadamente, la confianza y el olvido de estas instrucciones de parte de los generales de las dos primeras divisiones, nos daban luego un rato bastante amargo.....



EL AVANCE Á CONCÓN



Tan pronto como el señor Balmaceda tuvo conocimiento del desembarco de los revolucionarios en Quinteros, impartió las ordenes para que el general Barbosa se trasladara con su División á Viña del Mar, y á don Julio Bañados Espinosa, Ministro del Interior y á la sazón interino de Guerra, que se dirigiera al mismo punto con la División de Concepción.

La misma tarde del 20, parte de la División Barbosa llegaba á su destino, y al mediodía, había se puesto en marcha la de Concepción.

La División Alcérreca debía, entretanto, avanzar hasta el río Aconcagua, procurando hostilizar como vanguardia al enemigo, sin empeñar combate sério.

La línea señalada para la futura batalla por el Presidente Balmaceda comprendía las alturas de Viña del Mar.

El avance de la vanguardia tenía, pues, por *único* objeto la hostilización de los revolucionarios en el paso del río Aconcagua.

Si por nuestro deficiente número ó por otras causas imprevistas no lo conseguíamos, debían

retirarse las tropas al punto acordado para formar la línea definitiva.

Á más, ninguno de los jefes, Barbosa y Alcérreca, habían recibido del Presidente la designación de General en Jefe; carecían, pues, de instrucciones superiores para aceptar un combate como el de Concón.



COMBATE DE CONCÓN



Serían las once del día cuando el Estado Mayor de la 2.ª División ordenó el avance de varios cuerpos hasta la márgen norte del río Aconcagua.

Después de algunos instantes, oíamos que se rompía el fuego de fusilería, y á su vez los buques insurgentes hacían repetidas descargas sobre las tropas del orden.

Sucesivamente, y con el objeto de formar una extensa línea, siguieron avanzando todos los cuerpos allí presentes, que eran: el Buin 1.º de línea, al mando del coronel don Hermógenes Cámas; el Pisagua 3.º, al mando del coronel don Artemón Arellano; el Esmeralda 7.º, al mando del coronel don Julio García Videla; el Chorrillos 9.º, al mando del coronel don Herminio González; el Lautaro 10.º, al mando del comandante don Juan Fernando Waydele; y los batallones Traiguén, San Fernando, Temuco, Victoria y Mulchen, dos escuadrones de caballería y escasa artillería.

Según sus propios estados, contaban estas tropas al principiar la batalla de Concón, con el siguiente número de plazas:

CUERPOS	HOMBRES
Buín 1. ° de línea.....	700
Pisagua 3. °	712
Esmeralda 7. °	800
Chorrillos 9. °	700
Lautaro 10. °.....	750
Traiguén	550
San Fernando.....	400
Temuco.....	400
Victoria.....	400
Mulchen.....	400
Escuad. ^s Carabineros y Gend. ^s	420
Tropa de Artillería.....	150
	Total,... 6, 382

Puede que haya una nimia diferencia en las cifras que arrojan el total de cada uno de los cuerpos, pero el total general de las fuerzas bal-macedistas que pelearon en Concón, es exactísimo: nos fue proporcionado en apunte por un ayudante del Estado Mayor de la 2.ª División antes de dar principio á la pelea.

El mismo coronel del Canto, jefe de las fuerzas enemigas, confirma nuestro aserto en el parte oficial que pasó al jefe de la Escuadra rebelde, capitán Montt.

Habla Ismael Valdés Vergara, secretario general de la Escuadra, en carta á don Diego Barros Arana, publicada en LA LIBERTAD ELECIORAL de Santiago, correspondiente al 12 de Setiembre:

“Inmediatamente después llegó el parte del coronel Canto, escrito con lápiz en cinco pequeños pedazos de papel, con letra de Juan Antonio Orrego, que se conserva archivado.

“El parte es el siguiente:

“.....Combatieron en nuestra contra el Buin, el 3.º, el 4.º, el 7.º, el 9.º, el 10.º, el Traiguén, el Temuco, el Victoria, el Mulchen, Carabineros y Artillería.

“Número de enemigos se calcula en *ocho mil* como *mínimum*, colocados en posiciones, *al parecer*, inespugnables.

“Mandaban la línea los generales Barbosa y Alcérrec y coroneles Pinto Agüero, *Lopetegui*, Zelaya, Cámos, García Videla y Arellano.

Colmo, 21 de Agosto de 1891, á las 8 P. M.—
CORONEL CANTO.”

Impresionado por los sucesos del día, el coronel Canto necesitó agregar el 4.º para completar la suma de ocho mil soldados, cuando es notorio que este Regimiento quedó guarneciendo la capital, sin encontrarse por este motivo en Concón ni Placilla.

Descontando este Regimiento, tenemos, pues, que las fuerzas del orden que iban á pelear en Concón, eran de siete mil según el jefe revolucionario, y de 6,382, según nosotros, contra 10,000 enemigos, que es el *mínimum* con que los “liberadores” hacen aparecer su ejército.

La infantería estaba provista de cien tiros á bala por cada individuo de tropa, á excepción del

3.º, cuyos jefes habían hecho distribuirles ciento cincuenta.

Nuestro armamento de infantería componíase de rifles Grass y Comblain. La tropa de caballería y artillería estaba dotada de carabinas Winchester.

La extensa línea que á orillas del Aconcagua organizaron los jefes del Ejército del orden, no pudo ser mas desfavorable y falta de táctica militar.

Estaba dividida por enormes grietas y por quebradas inaccesibles, que hacían difícil, por no decir imposible, toda concentración.

De modo que, en el caso de una retirada, ésta solo podía emprenderse por fracciones y sin que las alas pudieran prestarse apoyo alguno.

Por otra parte, tampoco estábamos á cubierto de los fuegos de la Escuadra, pues, á tener mejor dirección éstos, nos habrían ocasionado considerables destrozos. Aun así, á pesar de la impericia de los artilleros de la marina rebelde, algunos disparos del crucero *Esmeralda* hicieron subidas bajas al Batallón San Fernando.

En estas condiciones fue como se aceptó el combate de Concón, por los generales Barbosa y Alcérreca, tan valientes cuanto desgraciados en sus últimas empresas militares.

Empeñada la batalla, el heroísmo demostrado por los dos Ejércitos, fue digno del alto renombre de los chilenos.

Una y otra línea era barrida por una verdadera granizada de balas...

Los últimos cuerpos de nuestra infantería alcanzaron á llegar al cordón de los cerros que quedan al norte del Aconcagua.

Los revolucionarios pudieron así pasar este río sin gran peligro; á mas, estaban bajo la protección de los fuegos de su Escuadra y artillería, lo que, por cierto, no era poco!

Pero, no luego estuvieron de nuestro lado, la lucha se hizo heróica y tenáz.

Parecía que, á medida que el tiempo transcurría, más se enardecía el ánimo de los combatientes.

Hubimos de dejarles llegar á la altura, para escaparnos de las bombas de abordó, y entonces era de ver á los veteranos, valientes hasta lo incomparable, cómo avanzaban en demanda del enemigo; le hacía estrechar sus filas y cuando le observaban volver la espalda para tomar sus antiguas posiciones, les decían en tono sarcástico:

—¡Niños “libertadores”! ¿dónde habeis dejado vuestro valor?...

Ese estoicismo, ese picante y buen humor, allí donde los nervios parecen romperse al choque de terribles conmociones, donde se ofusca el cerebro y tórnase feróz la mirada, dábanles á nuestros soldados una superioridad moral y material que los enemigos no podían menos de reconocer.

Estos rehacíanse, volvían á la lucha con ímpetu descomunales, triplicaban sus disparos, y los viejos soldados de la patria, siempre sonrientes, armaban sus bayonetas y al toque de CALA-CUERDA, avalanzábanse sobre el enemigo, rugiendo de coraje, salvando precipicios cual si hubieran sido

espíritus vengadores, siempre sin detenerse, compactas sus filas, firme su brazo, enérgico su corazón e imponente la mirada!...

Y los revolucionarios, espantados por resistencia tan heroica, consideráronse perdidos más de una vez; porque se mostraban jadeantes y desmoralizados; pero luego el amor propio de chilenos les hacía volver cara ante los temidos guerreros del orden.

Recrudecía la lucha, redoblábase el empuje de una y otra parte, aumentaban los heridos y la muerte gozabase en destrozarse de mil modos á las desgraciadas víctimas de la guerra!...

Cuatro horas transcurrieron, sin que los soldados del orden cedieran un palmo á los que consideraban traidores de su patria.

Todos ellos hacían prodigios de valor y ninguno quería la vida sin la apetecida victoria.

Á ser igual nuestro número de combatientes al de los revolucionarios, á no llevarnos una considerabilísima ventaja con su armamento Manlicher, de nuevo sistema, no habría quedado uno solo de ellos en pié, tal era el coraje de los soldados del viejo Ejército chileno!

Los revolucionarios peleaban casi con el doble de nuestras fuerzas y sus rifles de repetición les permitía cargar cinco tiros á la vez y arrojarles á una distancia de tres mil metros.

¡Cuánta diferencia de nuestro viejo armamento Grass y Comblain, el primero de los cuales tenía un alcance de mil ochocientos metros y el último

de mil doscientos, caldeándose ámbos con rapidéz inusitada!...

Á más, los soldados nuestros peleaban en su mayor parte á pecho descubierto, entre tanto que el enemigo lo hacía entre los zarzales, y éstos si no ofrecian gran obstáculo para que penetraran los proyectiles, en cambio desviaban su dirección.

¡Y así nuestros heróicos soldados pudieron resistir por mas de cinco horas al enemigo!

Á eso de las tres de la tarde, arreció el fuego de una manera notable, por ambas líneas.

El estampido de la artillería y fusilería, llegaba á ensordecer á los guerreros, y el silvido de los proyectiles semejaba al rugido del viento al anunciar horrenda tempestad!

El campo de batalla estaba cubierto de cadáveres...

En una extensión de seis cuadras, ó más, era fácil tropezar á cada paso con algún heróico infante ó denodado artillero que yacía en tierra con el cráneo despedazado, las piernas ó los brazos rotos, ó el pecho acribillado á balazos!...

Se les podía observar con el fusil entre sus manos, al parecer defendiéndose del fatricida revolucionario, pero eran yertos cadáveres!...

Los compañeros caían, radiantes de heroísmo y los que iban quedando, procuraban aletargar el dolor que la muerte de sus hermanos les producía, estrechándose cada vez más con el enemigo y procurando fueran mas certeras las punterías.

También mas de quince mujeres, camaradas de nuestros valientes, peleaban á su lado con denuedo

sin igual, y cuando éstos caían moribundos, recojían su último suspiro con exclamaciones de venganza y deira!...

El humo del combate formaba espesas espirales que se mecían por el viento suave de una tarde tranquila, y oscurecidas por la ausencia del sol, parecían más bien fúnebres crespones ante el sangriento drama!...

El que esto escribe había entrado á la batalla teniendo por compañeros al mayor Valenzuela, del Traiguén, al capitán Rodríguez, del Buin 1.º de línea y un subteniente de este último cuerpo.

¶ Como á las tres horas de empeñada la pelea, el capitán Rodríguez caía á nuestro lado herido de gravedad en el costado derecho. Aun tuvo fuerzas ese heroico oficial para decirme con apagada voz, pero con el tono sublime del patriotismo:—"Compañero: procure con su ejemplo mantener el entusiasmo de la tropa; yo, aunque me siento mal, permaneceré en este sitio. ¡Qué no diga después el enemigo que los oficiales y soldados del orden no supieron cumplir su deber!..."

Sobrevínole luego un violento desmayo y le rogué que se retirara de la línea, agregándole que su recomendación sería cumplida hasta los linderos de la muerte!

Me estrechó la mano, y vacilante y cadavérico se alejó de allí, sin que yo haya podido saber más
.....

Al poco rato, el mayor Valenzuela había sido también herido, según se me dijo después.

En cuanto al subteniente del Buin, cayó pesada-

mente en tierra, perforado el cráneo por enemigo proyectil...

Quedaba, pues, sin otro oficial y con la gravísima responsabilidad de dirigir la tropa que los otros mandaban, del Bujin y Traiguén, á más de mis nobles terceranos.

De trescientos y tantos soldados con que habíamos empezado, á eso de las tres y media de la tarde apenas si reuniría cincuenta...

A más, estábamos completamente incomunicados con los nuestros.

Sin notarlo nosotros, el Ejército habíase replegado á la izquierda, tanto para procurar concentrarse sobre ese flanco, cuanto por que el enemigo había conseguido apoderarse de la artillería; hubo pues, la necesidad de cargar á la bayoneta y desalojarle por segunda vez.

La situación se nos hacía por demás difícil. De avanzar las dos cuadras que necesitábamos recorrer para unirnos á ellos, nos exponíamos á un seguro desastre; los insurgentes podían flanquearnos y dar buena cuenta de nosotros, batiéndonos á mansalva.

Afortunadamente, tenía allí conmigo algunas de las clases mas distinguidas de mi Regimiento, entre otras, á los 1.^{os} Jermán Carrasco y Amador Saavedra y al sarjento 2.^o Silvestre Inostrosa, los dos últimos veteranos que ostentaban en su brazo izquierdo las insignias de terceros premios y los que habían también peleado como verdaderos leones en Huara e Iquique, en cuyas acciones habían recibido heridas.

Sin pérdida de tiempo, pues notaba que los revolucionarios nos ocasionaban serias bajas, debido á las malas posiciones en que estábamos, mandé á los míos hacer fuego en avance, buscando las sinuosidades del terreno, á fin de parapetarnos y rendir allí la vida si era necesario.

Mi orden fue recibida con general compalcencia, y un momento después podíamos disparar sobre el enemigo sin que éste nos hiciera gran daño.

Allí pudimos encontrar á nuestro paso un precioso líquido, que nos daba nueva vida: el agua!

El contento de los buines, terceros y traigueneños, no podía ser mayor: estaban, á lo sumo, á cincuenta pasos del enemigo!

A tan corta distancia, y por razón de nuestras posiciones, sus tiros quedaban burlados y los nuestros eran segurísimos...

Rabiosos ellos, pretendieron estrechar aún más la distancia; pero hubieron de retroceder, diezmados y mejor escarmentados!

Eso sí, en esta acometida de los revolucionarios consiguieron algo de lo que se proponían: me habían pasado la pierna izquierda con una bala!...

Al verme herido, el 1.º Carrasco, en un nobilísimo arranque de su corazón, me dijo:—“¡No lo desampararemos jamás: si es necesario, todos moriremos con usted!...”

Mi única contestación fue:—“Apunten bien y acuérdense que nadie muere sin que la hora llegue; más, si ésta se acerca, debemos morir con honor

defendiendo las instituciones y la dignidad de la patria!...”

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando divisamos á nuestra retaguardia como veinte soldados que venían al mando de un bizarro e intrépido capitán: eran nuestros salvadores!

Apénas este último,—que era el capitán Miller del Traiguén,—llegó hasta mí, nos dimos un fraternal abrazo, que esplicaba nuestros sentimientos y comunicaba nuestras ideas...

Extendida también su tropa en guerrilla, mantuvimos los fuegos hasta después de las cuatro de la tarde; mas, la suerte volvía ya la espalda á la causa del orden: infames negociaciones de que ahora solo tenemos conocimiento y de las que hablaremos más adelante, habían impedido que el servicio de parque se efectuara, y de este modo, nos encontrábamos á esa hora casi sin un solo tiro!

En estas circunstancias, llegaronle grandes refuerzos de soldados al enemigo, los cuales pretendieron tomarnos entre dos fuegos.

¿Qué hacer en situación semejante?

¿Sacrificar inútilmente á los leales soldados?

Una vaga esperanza nos hizo permanecer aún en nuestros puestos cortos instantes: divisábamos á la retaguardia la caballería del orden: ¿pretendería ayudarnos dando una brillante carga á los insurgentes?

Pronto se desvanecieron tan halagüeñas ilusiones... ¡La caballería iba en derrota!

Tentamos, pues, el último supremo recurso que nos quedaba para reunirnos al punto donde las cornetas nos llamaban: hacer fuego en retirada con las pocas municiones que nos quedaban, en medio de la lluvia de balas de los revolucionarios!..

¡Cuántos nobles compañeros cayeron allí, víctimas del aleve plomo de los millonarios!

De nuestro grupo habían salvado DIEZIOCHO, algunos de ellos heridos!

¡Parecía mentira tamaño desastre, y sin embargo muchos lo preveíamos ántes de entrar en combate!...



¡EN DERROTA!



No sé si haya dolor más grande en la vida para un soldado fiel, que el de ver sus filas en derrota y expuesta su causa á igual suerte.

El desastre de Concón, podía ser para Chile de fatales consecuencias.

Se permitió con esto que el enemigo nos batiera en detall, lo que comprometía desde luego el éxito de un futuro combate.

Los derrotados ignorábamos, por otra parte, si la División de Concepción y el resto de las de Santiago y Valparaíso, se hubieran reunido.

Nuestro plan de retirada debía ser, pues, procurar unirnos á ellos, y, en último caso, dirigirnos á Santiago.

Mas, se necesitaba un corazón fortalecido por las convicciones y el heroísmo, para emprender esta gigantesca retirada!

Aprovechando de su triunfo y de la falta casi absoluta de municiones á los soldados del orden, los revolucionarios perseguíanles con encarnizamiento!

Durante más de tres cuartos de hora recibimos

los vivísimos fuegos del enemigo, pudiendo hacer sobre él uno que otro disparo.

¡Desesperante situación!

Eran ya las cinco de la tarde cuando los derrotados principiaban á remontar los altos cerros que quedan al frente de la caleta de Concón.

La retirada no pudo ser más lenta y desorganizada al principio.

Doloroso nos es decirlo: no se divisaba por allí á los principales jefes, invitando con su ejemplo á exponerse al sacrificio, á fin de proteger la retirada de los dispersos.

¡Baste decir que los escuadrones de Carabineros, casi intactos, pues la caballería fue la única que sufrió pocas bajas, tomaron la vanguardia, en lugar de proteger la retaguardia, cual era su deber!

¡Fue sobrado patriotismo que los restos de la infantería del orden hiciera tan gloriosa retirada en Concón!

Solo pude observar, en obsequio del mérito y de la verdad, que fueron el alma de la retirada de Concón, entre los jefes, los coroneles don Hermógenes Cámos y don Artemón Arellano, y los comandantes don Leandro Fredes, don Pedro Nolasco Hermosilla y don Alberto Herrera A.

Talvez habrán otros jeles dignos de mención, pero mi memoria á este respecto la considero fiel.

El coronel Cámos, cuya lealtad y valor es digno de homenaje y admiración, iba herido en el pié izquierdo.

Cuando hubimos ganado las alturas, los revolucionarios cesaban sus fuegos, cansados quizás de mantener su *heroísmo* hasta última hora...

Nobstante, su caballería procuraba hacer prisioneros, envalentonada con la ausencia de la nuestra.

Allá, en opuestas cimas, divisábanse blancas y rojas banderolas, que manos manchadas con sangre de indefensos hermanos, hacíanles flamear, creyendo así atraernos!.....

Seguíamos el camino de Quilpué, mirando con desdén los movimientos del enemigo.

Gran parte de nuestros soldados iban heridos, pero, después de reparar un poco las fatigas del camino, emprendían de nuevo la interrumpida marcha.

La noche ilegaba, y el frío aumentó los sufrimientos de los heridos.

Habíamos abandonado en el campamento los rollos y las provisiones alimenticias.

Pero, el hambre y el frío, el cansancio y la sed, nada podían para detenernos: el deber nos mandaba seguir adelante, siempre adelante!

El camino, en partes estrecho y tortuoso, parecía también obstinado en detenernos!

La vanguardia iba separada por más de una legua de distancia de la retaguardia.

Con el fin de no perder la ruta, ya entrada la noche los compañeros que iban delante hacían arder los espesos bosques.

Así conocíamos el rumbo que debíamos seguir...;

Las fuerzas abandonaban á los heridos y muchos de ellos echábanse á tierra, desesperando de poder unirse á los suyos...

¡Ni agua era fácil encontrar por allí con que reanimarse!

Mas, la naturaleza, espléndida en esas regiones, procurábanos el rocío del cielo para humedecer nuestros labios... absorvíamos el líquido inoculado en la noche al verde pasto del campo!...

Tal fue la retirada de Concón: hermosa por el patriótico civismo de nuestros soldados, desgraciada por las consecuencias del combate!



ÍNTIMA



Hubiera deseado hacer una detallada reseña del combate de Concón; mas, la falta de datos y el sigilo con que debo proceder, escribiendo, como escribo, apenas pasados veinte días del triunfo de los revolucionarios, impídeme efectuarlo, y solo puedo consignar aquí mis impresiones respecto á esa desgraciada jornada y los pormenores que me son conocidos.

El mayor afán de un hombre que ha salvado la vida en una acción de guerra, es noticiarse después de ella de la suerte que han corrido sus amigos y compañeros de armas.

Imposible es describir las variadas emociones que se sienten al reconocer á uno de éstos, sea de la condición que fuere.

La primera impresión, es de regocijo, por verse salvos de la muerte; mas, luego una sencilla reflexión les hace palidecer, y se nota que el corazón intenta detener su latir:

—¿Cuántas luctuosas y tristísimas noticias habrán de comunicarse?...

Á este solo pensar, la mirada languidece, domina el frío en el cerebro y más de una vez cierto extre-

mecimiento nervioso se deja sentir en todo el cuerpo, cual si quisiera despertarle al recuerdo de horrible realidad...

Instintivamente, entonces, ocurre á la mente estas preguntas, cuya respuesta es esperada con estraños temores y presentimientos:

—¿Sabes algo de la suerte que ha corrido fulano?...

Y al comunicarse las noticias, el corazón aumenta ó acelera sus latidos, según la mayor ó menor impresión que con ellas el individuo recibe...

La noche del 21 de Agosto fue para mí de variadísimas y sentimentales emociones...

Solo despues de las doce pude arribar al campamento de Quilpué, rendido por la caminata; pues, habiendo rodado por faldas y quebradas durante ella, sufrí horriblemente.

¡Cuán profunda pena me causó el contemplar los diezmados restos de los cuerpos de nuestra infantería!

¡Eran solamente los esqueletos de los antes bien formados regimientos ó batallones!

Indudablemente, nuestras bajas habían sido subidas; tan subidas talvez como las del enemigo...

Verdad que nosotros habíamos tenido prisioneros, aunque no *mil* como dijo en su parte del 21 de Agosto el coronel Canto; á no ser que este señor completara ese número entre heridos y muertos, en cuyo caso podía elevarse á más...

El campamento se situó al lado norte de Quilpué.

Dirijíme hacia donde se encontraba mi Regi-

miento... ¡De setecientos doce hombres que habían ido á la pelea, contaríanse allí apenas un centenar!

De los terceranos sí que no dirán los revolucionarios que se *pasaron*.

Ni el último soldado del 3.º de línea tenía voluntad para cometer tamaña infamia!

¡Bien sabe el país que esos hombres, de un patriotismo á toda prueba, fueron los primeros en rechazar la revolución que los millonarios iniciaron el 7 de Enero, y que en Huara é Iquique, en Concón y Placilla, supieron sostener con energía y decisión la dignidad de la patria ofendida!

Pero, sigamos nuestra interrumpida narración.

Busco allí á los jefes y oficiales y solo encuentro á los comandantes don Leandro Fredes, don Alberto Herrera A. y don Pedro Nolasco Hermosilla; al mayor don Alejo 2.º Santiago, al capitán don Diego Contador, teniente Temístocles Molinet y subtenientes Jiménez y Carrasco.

Los comandantes Fredes y Herrera, que temían hubiese caído yo prisionero, me hicieron cariñosa y fraternal acogida.

Estos pundonorosos militares, pelearon en Concón y después en Placilla, siendo gravemente heridos en esta última batalla, con denuedo propio de hombres que tienen conciencia de su deber, que no han metalizado su corazón y que comprendieron la alta misión que de nuevo les condujo al campo de batalla, á sacrificarse por su patria, no ya por darla renombre de heroica y librarla de extranjera invasión, sino para arrancarla de las uñas de la usura, del fanatismo y de las castas

oligárquicas, que se han repartido en familia la Representación Nacional, los puestos públicos, las prebendas y el fruto de los sudores del pueblo, como si todo ello fuera el producto de un feudo de su propiedad!..

El comandante Herмосilla, ese otro noble y estudioso militar, reposaba las fatigas del día después de conducirse en el combate con una abnegación y valentía extraordinarias!

Pero, ¿cuál sería la suerte de los demás?

Procuré indagarlo.

El Sargento Mayor don José Antonio Rosas, uno de los héroes de la victoria de Huara, herido en la defensa de Iquique, peleó en Concón con arrojo y decisión de espartano. Una bala pasóle una pierna y hubo de recogerse á la ambulancia.

Del teniente Rafael Patiño, se me dijo fue uno de los primeros que cayó en la demanda: en los primeros instantes de extendidas nuestras compañías en guerrilla, un proyectil hirióle de gravedad en el estómago.

El ayudante don Zenón Plaza, el capitán don Demofilo Martinez, el teniente de la Fuente y subtenientes Block y Zamora, se creían prisioneros, y, en efecto, lo estaban.

De mi buen amigo el intelijente periodista y bravo mayor don Pedro Pablo Barraza, de quien el comandante Fredes decía "haberse batido como un león," solo supe que había caído herido... muy grave...

El bizarro comandante don Pantaleón Cruzat.

no estaba allí: le ví por última vez como á la una de la tarde, en el ala derecha de nuestra línea, y muchos aseguran haberlo visto después herido, llorándole los más por muerto...

El ayudante don Ismael Gutiérrez, los capitanes don José María Zambrano, don Federico 2.º Monreal y don Juan José García, tampoco estaban allí; pero los soldados hacían elogios de su buen comportamiento y se sabía que habían corrido mejor suerte que el anterior.

En cuanto á nuestro valiente Coronel, sabíamos que estaba en salvo, asimismo sus hijos Luís y Manuel, dignos émulos del exclarecido guerrero que con todo brillo dirigió nuestro Regimiento en esa sangrientísima batalla.

Nuestra magnífica banda de músicos, armada en guerra, quedó casi estinguida; pues ni en bravura ni en coraje se dejó aventajar por el resto del Regimiento. ¡Era de ver á unos niños de trece y quince años, siempre á la vanguardia, recibiendo la muerte con juvenil sonrisa en los labios!

Algunos hechos ocurridos durante el combate y después de él, sublevaron mis sentimientos de chileno y creo que llevarían la indignación aun á los mismos cafres!...

Los revolucionarios se han echado encima manchas de infamia que no las borrará el tiempo en sus infinitas transformaciones: nuestra ambulancia fue asaltada por ellos y los jefes, oficiales y soldados que no se rendían con palabras humillantes, eran bárbaramente ultimados!

—*Al repaso!*—era la siniestra y preventiva voz de los revolucionarios para ejecutar su obra...

El jefe del servicio sanitario, doctor Pinto Agüero, murió á mano de esas desalmadas hienas!

El doctor don Ramón Pérez Font, de nuestro Regimiento, fue apresado y hasta una cantinera que se ocupaba en vendar las heridas de los pobres soldados, recibió un balazo de los implacables enemigos!

No les bastó á los insurjentes el cometer asesinatos como este, de que me voy á ocupar: en una de las cargas á la bayoneta que dió nuestra infantería, matáronle el caballo al comandante del 10.^o de línea don Juan Fernando Waydele. Como este valeroso jefe perdiera una pierna en la campaña del Perú y después la repusiera de goma, fuéle difícil, una vez herido y á pié, tomar su colocación con los suyos. Pues bien; como le hicieran prisionero, un oficial del ejército *libertador*, dijo á su tropa con rujente y salvaje voz:—“Ese es de los *perros* más bravos de Balmaceda: mátenlo!” Incontinenti se echaron sobre él y le asesinaron de la manera más horrorosa!...

Estos crímenes, y tantos otros ocultos al presente, dignos de chacales, serán en el futuro justamente odiados y maldecidos, no solo por los chilenos, sino por toda la humanidad!



DESPUÉS DEL TRIUNFO...



¡Cosa rara!—á pesar de su *victoria*, el enemigo permaneció impasible en sus trincheras de Concón, la noche del 21 de Agosto.

Nosotros temíamos, y con razón, una sorpresa de su parte.

Estábamos sin municiones, y la tropa rendida con la tarea del día.

Cien hombres de su parte, armados y municionados, habrían bastado para ponernos en confusión...

No dirán los revolucionarios que así procedieron *de puro generosos*, pues la negra bandera de exterminio había sido enarbolada por ellos con rara ferocidad!

A más, separaba al enemigo tan corta distancia de Valparaíso, que pudo entrar esa misma noche á la ciudad.

La guarnición que allí había, era por demás reducida.

Pero... ¡altos *secretos* de la milicia talvez!... ni siquiera nos cortaron la comunicación telegráfica con el vecino puerto, menos aun con la capital; y ésto que la tal medida, como destruir la vía

férrea y túneles, eran de las citadas en el *programa del sublime Kórner!*

Y, en prueba de esto, aquí está su elocuentísima palabra, transcrita de su orden del día ó *humanitario programa*, dado en Quintero el 20:

"Una compañía del escuadrón Guías se dirigirá á Limache *inmediatamente después de haber pasado el río*. El comandante de esta compañía recibirá del comandante de la compañía de Ingenieros de la correspondiente vanguardia, al pasar por ésta, un destacamento *provisto de útiles de destrucción, y tratará de destruir el ferrocarril y la línea telegráfica cerca de Limache, o, si fuera posible, el túnel de San Pedro*".....

Pero... demás está decir que no se divisó en parte alguna á tan famosa caballería!

Esto deja suponer que el cacareado triunfo de Concón, no les fue tan favorable que digamos!...

El no haber ejecutado el anterior *plan* del *sublime Kórner*, dió lugar á que avanzara sin obstáculos la División de Concepción, y á que se empeñara una nueva y sangrienta batalla.

Y no se crea que esta División se nos reunió en la mañana del 22: á las seis de la tarde de ese día llegaba á Viña del Mar el último convoy!

En tanto, los derrotados de Concón, provistos ya de armas y municiones, entramos tranquilamente á Valparaíso esa misma mañana y permanecemos allí durante el día, sin que los revolucionarios hicieran el menor amago de atacarnos!

Y estaban ellos en la tarde del 22 solo á cientos de metros de Viña del Mar!...

EL 23 DE AGOSTO



En la tarde y noche del 22 preocupáronse los jefes del Ejército en dar organización á la futura línea de batalla, según las indicaciones del Exlentísimo señor Balmaceda.

Extendióse, pues, la línea sobre las alturas de Viña del Mar.

Defendían las posiciones por el lado del mar dos espléndidos cañones de nueve pulgadas y de diez mil ó más metros de alcance, pertenecientes al fuerte Callao.

Esta fortaleza está construída sobre indestructible morro, á la orilla del mar.

Á la espalda del pueblo de Viña del Mar, ya fuera de los tiros de la Escuadra rebelde, habíase colocado la artillería de campaña, compuesta de diez y seis piezas Krupp y dos ametralladoras Hochkins. De aquí seguía la infantería formando cordón en las cumbres más prominentes.

Al amanecer del 23, era fácil notar las posiciones que el enemigo ocupaba: la derecha de su línea la apoyaba en el mar y su izquierda y centro, en las alturas que quedan á la derecha del estero.

Separábales, pues, á los dos ejércitos, tanto el

estero de Viña del Mar como el pueblo mencionados.

Serían las 7 A. M. cuando la artillería de montaña del Gobierno rompió sus fuegos desde el fuerte Callao.

Los revolucionarios contestáronles inmediatamente.

Apenas transcurridos algunos minutos, se divisaron en el mar al *Cochrane* y la *Esmeralda*, que avanzaban hasta ponerse á tiro de cañón.

El fuerte Callao les hizo fuego á ocho mil metros, siguiéndole en este ejemplo las fortalezas Valdivia, Buera, Andes, Pudeto y Yervas Buenas.

Contestaron los buques revolucionarios y el cañoneo se hizo nutridísimo por ambas partes.

Hasta la *Lynch*, mandada por el heróico Alberto Fuentes, que la noche anterior había burlado á la Escuadra, conduciendo de Coquimbo 400 mil tiros á bala para el Ejército del orden, tuvo la audacia de dirigirse á la bahía de Viña del Mar, para bombardear las alturas del enemigo! Mi malogrado amigo el teniente 1.º de marina señor Alberto Chacón, sucumbió allí, víctima de un fatal accidente.

La artillería del Gobierno estaba mandada por el valiente y estratégico coronel señor Exequiel Fuentes.

La magnífica dirección de los proyectiles de los artilleros del orden, anonadó al enemigo hasta el punto de desorganizarle por completo, obligándole á batirse en retirada.

El *Cochrane* y la *Esmeralda* hubieron de reti-

rarse á Concón, reconociendo su impotencia para medirse con los fuertes.

De parte del Gobierno hubo que lamentar cuatro heridos, entre ellos, el teniente-coronel don Benedicto Silva, que se batió desde el fuerte Callao.

De parte del enemigo... nada supimos...

El cañoneo por ámbas partes duró muy cerca de es horas.

Obligados á replegarse sobre su retaguardia, parece que en ese mismo día los revolucionarios modificaron su plan de ataque. Se les veía moverse, aparentando organizar su línea, pero la verdad es que, despues del rechazo sufrido en la mañana, jamás se hubieran atrevido á atacar al Ejército del orden en las inespugnables posiciones que ocupaba.

Tal era el desbarajuste en que se encontraba el enemigo, que un convoy condujo esa misma tarde desde Quilpué á Viña del Mar á la Artillería de Concepción, para lo cual hubo de pasar frente al ala izquierda de los revolucionarios!

El mismo día 23, el Ministro del Interior e interino de Guerra don Julio Bañados Espinosa, dió organización definitiva al mando del Ejército.

Designó como General en Jefe, al general de división don Orozimbo Barbosa; y como Jefe del Estado Mayor General, al coronel Ruiz.

Organizadas dos divisiones, la comandancia en jefe de la 1.^a de ellas, se encomendó al general de brigada don José Miguel Alcérreca; y la 2.^a, al coronel don Daniel García Videla.

Como Jefe del Estado Mayor de la 1.^a división, se designó al coronel don Marcial Pinto Agüero; y de la 2.^a, al coronel don José María del Canto.

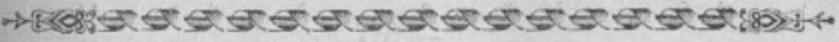
Componíase la 1.^a división de dos brigadas, que eran mandadas, respectivamente, por los coroneles Valenzuela y Zelaya.

Las dos brigadas de la 2.^a división, estaban al mando de los coroneles Wood Arellano, (Jorge) y Castro.

Del Cuartel General, formaban parte: el coronel Fuentes, de artillería; id. id. Marzán, comandante general de la caballería; id. id. León, de ingenieros, y el coronel Martínez, de infantería.

Como jefe de la reserva, quedó designado el coronel don Federico Valenzuela.





DEL 24 AL 25 DE AGOSTO

El día 24 el Ejército del orden conservó aun sus estratégicas posiciones de Viña del Mar.

El enemigo, por su parte, no daba señales de vida, y su pasiva actitud, el afán con que procuraba demostrar á los nuestros que permanecería en su anterior línea, llevó cierto recelo al Estado Mayor General.

Indudablemente los revolucionarios se alejaban de su línea primitiva, obedeciendo á un nuevo plan de operaciones.

¿Cuál sería éste?

Fué el enigma que muy á tiempo tuvo la suerte de descifrar el Estado Mayor General, el cual, con el Ministro de la Guerra á su cabeza, hizo un serio y peligroso reconocimiento de la ruta seguida por el enemigo, avanzando hasta las alturas del Salto.

Se pudo saber de una manera efectiva que los revolucionarios se dirigían á Quilpué.

Los dos puntos capitales de que debía enterarse el Ejército de Gobierno, eran, entonces: si el propósito de los insurgentes era dirigirse á la capital, ó adueñarse de Valparaíso, por sorpresa, emprendiendo la marcha por los caminos reales de Quilpué

y Casablanca, camino este último que, doblando el Alto del Puerto, les une á la comercial metrópoli.

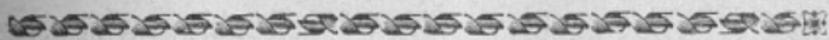
Á fin de no ejecutar un movimiento en falso, se ordenó que las fuerzas del Gobierno permanecieran en el mismo campamento la noche del 24 y aun la del 25.

En este último día, se hicieron reconocimientos de gran importancia de parte de los nuestros.

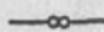
El coronel Munizaga había avanzado hasta reconocer al enemigo en las alturas de Quilpué.

Cayó una lluvia torrencial en este día, pero el Ministro señor Bañados Espinosa, el general Alcérreca, los coroneles Marzán, León, y otros jefes, cruzaron en distintas direcciones los caminos que habría de recorrer el Ejército hasta la Placilla e inspeccionaron los tres que desembocan á Valparaíso, estudiaron las posiciones que debían ocupar las fuerzas del Gobierno y después de tomar apuntes y sacar algunos planos de ellas, volvieron á este puerto ya con la convicción de que el plan de los revolucionarios se reducía á operar un movimiento envolvente sobre él, á fin de apoderarse de la ciudad.

La lluvia arreció esa tarde y desde el General en Jefe, hasta el último soldado, desafiaron la inclemencia del tiempo, adoptando ese día y noche la humedad del suelo como lecho, y recibiendo sobre su cuerpo el agua y el frío con la tradicional abnegación de los soldados del viejo Ejército chileno...



EL 26 DE AGOSTO



Fue una hermosa mañana la de este día.

Un sol primaveral reanimaba los atermidos miembros de los fieles soldados de la lei.

En las primeras horas, celebróse un consejo de jefes, presididos por el Ministro de la Guerra don Julio Bañados Espinosa.

Después de una larga discusión, en la cual expusieron los jefes encargados de los reconocimientos la labor que habían emprendido, analizados los planos y examinadas las bondades de las posiciones, se acordó emprender la marcha sobre Placilla á las 4 de esa tarde.

La artillería fue trasladada por ferrocarril á Valparaíso, con la orden de ocupar, al amanecer del siguiente día, el Alto del Puerto.

Habíase ordenado también que los 240 hombres del 3.º de línea, (completado este número con la guarnición del *Imperial*) del bravo e inolvidable 3.º, que después de Concón habían permanecido destacados en la Laguna Verde, avanzaran hasta la misma Placilla, á fin de batir á las avanzadas de los revolucionarios que pudieran presentarse.

Con las precauciones y sigilo convenientes, se pusieron en marcha los Cazadores á caballo, haciendo de vanguardia del Ejército; siguióle la pri-

mera y después la segunda división, quedando como retaguardia los Carabineros de Yungai.

El silencio con que se dió principio á la caminata fue sepulcral: solo venían á turbarle de tiempo en tiempo el continuo resbalar de los soldados, en pantanos ó gredales casi intransitables.

Llegó la noche y la oscuridad se hizo estremada.

El continuo descenso y ascenso á profundísimas quebradas y elevadas cimas, cansó sobremanera á los leales expedicionarios.

Ya cruzaban espesos bosques, ya colinas que obligaban á continuar la marcha de á uno en fondo.

Solo á las dos de la madrugada del 17 la *reina de la noche* iluminaba la tierra con mortecinos destellos.

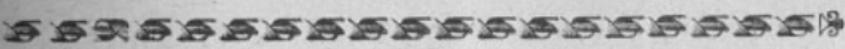
Precisamente á esta hora hubo de redoblarse la marcha: el enemigo caminaba en busca de las posiciones del Alto del Puerto, y los dos Ejércitos marchaban en idéntica dirección, separados solo por centenares de metros.

Cerca de las cuatro de la madrugada, la vanguardia de nuestro Ejército se reunía al destacamento del 3.º y Artillería.

Inmediatamente se organizó una línea provisoria, preventiva contra una sorpresa de los revolucionarios. Estos acamparon en la hacienda las Cadenas, casi á tiro de cañón de nuestras posiciones.

Los cuerpos del Ejército leal siguieron avanzando, concluyendo el desfile después de las nueve.

El Estado Mayor les daba colocación en la línea definitiva, postrimera esperanza del entronizamiento de la democracia en Chile, al ménos durante el siglo IXX!



COMBATE DE PLACILLA

Significa este *simulacro* de combate una de las páginas mas deshonrosas de la revolución.

Jamás en las guerras civiles é internacionales de América, han podido presentarse egemplos de mayor traición y de barbarie más manifiesta como los que acompañaron al triunfo de los revolucionarios en la acción de Placilla.

¡El combate de Placilla!

Al llegar á este punto, la pluma vacila á pintar tantos horrores! Mas, en obsequio de la verdad, de la justicia y de la liquidación histórica, hacemos omisión absoluta de la parcialidad que pueda tocarnos como partidarios vencidos, y, sin ofuscamiento político, vamos á narrar los sucesos tal como se desarrollaron.

El día 27 de Agosto no ocurrió ningún hecho notable.

Los dos Ejércitos permanecieron á la vista como dos gigantes que se respetan y que para vencer aguardan conocer el terreno en que han de lidiar.

Las posiciones del Ejército del Gobierno ocupaban el Alto del Puerto, promontorio que queda á unos 500 metros de la pequeña aldea de Placilla,

y que forma parte del cordón de cerros que circunda á Valparaíso.

Desde el Alto del Puerto se domina con la vista una extensión de más de tres leguas de llanura.

El frente que dá á Placilla y que puede utilizarse para una línea de batalla, es muy reducido: nuestra línea extendió sus dos alas en una porción de terreno de ménos de mil setecientos metros.

Eso sí tenía una ventaja magnífica, esto es, hondas grietas, desfiladeros, quebradas para ocultar la reserva y posición para la artillería.

El centro de la línea quedaba sobre el viejo camino carretero de Valparaíso á Santiago.

Los flancos estaban defendidos por dos quebradas que hacían muy peligroso un ascenso á las alturas ocupadas por nuestros soldados.

La artillería de campaña, mandada por el coronel Fuentes, fué colocada un poco á la derecha del camino real, y la de campaña de Concepción, inclinada á la izquierda. La de montaña de Concepción, fue situada en el ala derecha.

La caballería quedó en el camino real, en un bajo que la ponía fuera de los ataques del enemigo.

Seguía un poco más á retaguardia la reserva, compuesta de los Regimientos: 2.º de línea, Santiago y Arauco.

Los cuerpos de infantería ocupaban este orden en la línea:

Á LA DERECHA:

Resto de las tropas de Concón

El Angol

El Linares

El Tomé
El Andes
El Concepción
El 8.º de línea.

A LA IZQUIERDA:

Una parte de las tropas de Concón.
El Valdivia
El Limache
El Nacimiento
El Yumbel.

En suma, las tropas de las tres armas no subía el número de nueve mil quinientos hombres.

El Regimiento N.º 2 de Artillería, mandado por el coronel Fuentes, montaba 20 cañones y dos ametralladoras; la movilizada de Concepción, solo 20 cañones.

Era el arma preponderante sobre el enemigo.

Esto en cuanto á la constitución de nuestra línea y distribución de las tropas; las posiciones, debemos confesarlo, eran muy superiores á las del Ejército revolucionario.

Éste había avanzado la noche del 27 á las lomas más próximas á la línea del Ejército leal.

Estaban, pues, separados los dos combatientes por la aldea de Placilla: regada por un estero que en el invierno se torna caudaloso, sus edificios son pobres y su valer comercial nulo; el camino carretero pasa por medio de ella y frondosos árboles forman pequeñas quintas que quedan del lado de Valparaíso.

Según Ismael Valdés Vergara, el Ejército revo-

lucionario fue aumentado en mucho más de dos mil hombres, después de Concón.

Tenemos, pues, que subía de once mil en la batalla de Placilla.

Esto lo confirma la prensa gobiernista en todos los tonos usuales que acostumbra.

El 28 de Agosto, una vez disipada la neblina de la mañana, ordenó el Estado Mayor General de nuestro Ejército que la artillería de montaña de Concepción, mandada por el comandante don Eduardo Fernandez, rompiera los fuegos sobre la artillería enemiga, parapetada á nuestra izquierda, en las alturas más cercanas.

Eran las 7 y media A. M.

Apenas transcurridos algunos minutos, la artillería é infantería de los revolucionarios, contestaron los disparos.

Extendida en guerrilla la infantería enemiga, comenzó el ataque por ambas partes con bríos colosales.

El fuego se hizo nutridísimo.

La densa humareda impedía observar los efectos de los proyectiles, pero la matanza por una y otra línea era espantosa!

En el corto espacio de una hora, millares de hombres azotábanse sobre el polvo en que se sepulta el orgullo humano, y mortíferas heridas enviaban á unos al seno de la eternidad, condenaban á otros á lanzar el lastimero ¡ay! de los moribundos!....

Nuestra artillería, hábilmente dirigida por el

coronel Fuentes, hacía terribles estragos en las filas enemigas.

Este mismo jefe dirigió en persona una de las piezas principales é incitaba al heroísmo con sus elocuentes arengas á los abnegados artilleros.

El general Barbosa no cesaba un instante de animar á su gente con frases que ardían en patriotismo y sublime valor!

El general Alcérreca, recorría la línea, altiva la mirada, radiante la frente de heroísmo, comunicando órdenes en persona, haciendo llenar los vacíos sin preocuparse más que de la victoria!

Como á la hora y media de empeñado el combate, flaqueaba el ala izquierda del enemigo, al punto de retirarse en completo desorden.

Reorganizado éste, emprendió de nuevo el ataque, al mismo tiempo que se ordenaba avanzar nuestra reserva al grueso de la línea.

En estos momentos recrudeció el combate y todas las probabilidades de triunfo estaban de nuestra parte, á juzgar por el nutridísimo fuego con que se rechazaba á los revolucionarios.

Pero, pasado corto tiempo, y como obedeciendo á un plan de antemano combinado, se retiran casi todos nuestros cuerpos de reserva con cierto orden, y la artillería de montaña de Concepción abandona también sus cañones!

El enemigo, que observó esta súbita retirada, comprendió que la artillería del coronel Fuentes quedaba sin defensa de infantería y que, de consiguiente, bastaría un firme ataque sobre el centro para decidir en su favor la batalla...

En tan supremos instantes para los nuestros, cayó herido el intrépido y heróico coronel Fuentes. Los generales Barbosa y Alcérreca, comprendiendo el peligro en que quedaba colocado el Ejército con la retirada de la reserva y de algunos de los demás cuerpos, dirijen en persona la artillería, abriendo ancha brecha en las filas de los contrarios.

Estos redoblaron sus ataques, y á las diez y minutos, dominaban ya el centro de nuestra línea, por el flanco izquierdo.

Por el camino real avanzó el Escuadrón Húsares mandado por el traidor Tulio Padilla, siguiendo á éste soldados de Cazadores, de la avanzada que días ántes se había *pasado* á los insurgentes.

El general Barbosa, que estaba á la derecha del camino real, no les reconoció al principio, y creyó que eran de los nuestros. ¡Tal era el orden con que avanzaban!...

Pero los soldados sacaron bien pronto del error al general, que, encolerizado como un león herido, echó mano á su espada y con atrouante voz, gritó á sus enemigos:

—¡Venid, venid, cobardes!!...

Y esa espada, jamás manchada por nefanda traición, blandíase en el aire, sedienta de sangre, buscando las cabezas que el exterminio de los vencidos pregonaban!...

Acosado por la multitud, el general Barbosa parecía espíritu vengador, sembrando por doquiera el espanto y la muerte. Mas, un disparo de carabina le hizo rodar por el suelo, teñido en su propia sangre!...

El háto de *valientes* se echó entonces sobre él. Su cadáver fué mutilado, destroncada su cabeza y arrastrado y profanado su cuerpo de la manera más inícuca y salvaje!...

A pocos metros de allí, había sido también herido el general Alcérreca en un costado, después de defenderse desesperadamente. Llevado á la Ambulancia, fue ahí ultimado al poco rato, haciéndosele sufrir martirios infinitos, y tantos como á su compañero de armas el general Barbosa!...

Los cadáveres de ambos generales sirvieron después de diversión á la sanguinaria tropa y á las chusmas ebrias de alcohol y de sangre!

Como es fácil suponerlo, con la muerte de los dos principales jefes, la desorganización del resto del Ejército fue extrema: oficiales y soldados solo se preocupaban de huir de la zaña cruel e implacable de los vencedores!

A las diez y media de la mañana, no quedaba un soldado en la línea!

Invadían los cerros buscando refugio en la ciudad, porque todos los que en mano de los vencedores caían, eran ultimados sin compasion!...

¡Cuán desesperante mañana para los vencidos!

¡No creemos presenciar dos veces en la vida desastre tan espantoso!...

En aquel día memorable, Valparaíso fue teatro de escenas que embargan el alma y por muchos años conmoverán los corazones de los verdaderos patriotas!

Los vencidos procuraban ocultarse, llenos de angustia, y sus familias y sus partidarios, lloraban en silencio las desgracias de Chile, ó tenían que reprim-

mir el llanto; porque llorar ese día era un *crimen* para los hombres que nos traían la *libertad!*

Como á las dos de la tarde entraban a la ciudad los *libertadores*.

A esa misma hora principiaron las persecuciones contra los que no simpatizaban con la revolucion.

Balmacedista que se divisaba en las calles, era asesinado por las turbas armadas y por los soldados que se entregaban a todo género de depredaciones!

En la noche principiaron a incendiar las propiedades de los vencidos, y el saqueo, consentido por las autoridades como un botín de guerra, duró por muchos días en Valparaíso, Santiago, Talca, Concepción y otros pueblos, ascendiendo el valor de las pérdidas á muchos millones de pesos.

Más de mil cadáveres se encontraron en las calles de Valparaíso la mañana del 29 de Agosto, chilenos todos sacrificados á nombre de la *libertad triunfante*. Para asesinar no se respetó ni á los ancianos, ni á las mujeres, ni á los niños.

¡Era de apenar el alma ver en ese día memorable, á los hijos recojer á sus padres, los maridos á sus esposas y las madres á sus tiernos hijos!

Y todo era una batahola, un inmenso clamoreo de gritos, de ayes doloridos y de imprecaciones, en medio del silbido de las balas que soldados ebrios del ejército invasor y gente plebeya lanzaban en todas direcciones á guisa de burla y escarnecimiento de las familias llorosas!

Los prisioneros fueron paseados desnudos por las calles, y los más entregados á la venganza y al furor de la soldadexca!...

Los cadáveres de Barbosa y Alcérreca, traídos á Valparaíso en carretones basureros, fueron puestos á la espectación pública!...

Procuremos ¡por Dios! olvidar esos primeros días de *libertad*, por que el corazon de la Patria chorrea sangre y las diez mil víctimas de la guerra civil claman venganza y solo venganza contra los usurpadores de la Constitución y las leyes, del Dinero Nacional, de los honores y empleos públicos, de la felicidad y prestigio de Chile!

¡Y las naciones de América y Europa tienen puestos sus ojos en los usurpadores de esta pobre Patria, que se reparten del botín de guerra, asesinan é incendian, como si fueran hordas de piratas ó gavillas de beduinos!

«¡Oh, Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!».....

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"





LA ÚLTIMA PÁGINA

I

Pasados los instantes de la ebriedad del triunfo, creyóse que la mano devastadora de la venganza no continuaría su innoble tarea.

Pero, como un solemne desmentido á la humanidad proclamada por los nuevos *redentores*, el crimen continúa aun enseñoreándose y sus coriferarios no solo cuentan con el apoyo de las nuevas autoridades, sino que éstas los premian con galones y dineros del Estado!

Igual cosa acontecía en la antigua Roma, cuando á un nuevo opresor se le revestía con la púrpura imperial. El pueblo se entregaba á prolongadas orgías, y aturdidó con su regocijo, permanecía insensible á los lamentos de los patricios, que eran arrojados á los circos de fieras, en medio de los aplausos de la plebe estulta y sanguinaria.

Á pesar de ser las épocas diversas y el grado de civilización adquirido con los siglos, en Chile se han celebrado suntuosas fiestas públicas en loor de los vencedores, y, al mismo tiempo que muchedumbres fanáticas se entregaban al pillaje y á las

libaciones, cuando los templos católicos habíanse tornado en salas de festín, donde los llamados ministros de Dios desempeñaban el mismo papel que aquellos náufragos de la moralidad, cuyo objetivo es la mesa de Lúculo y las expansiones nerionanas, —los directores del nuevo gobierno complacíanse también en *despejar el campo*, haciendo rodar al seno de la eternidad á muchos hombres que podrían despertar el espíritu popular y acarrear sobre sus victimarios la más tremenda condenación de las jeneraciones presentes y de la Historia en lo futuro.

Víctimas *del placer de los dioses* han caído en Quillota: el Ministro de Estado don Manuel María Aldunate, y los comandantes Caupolicán Villota y A. Garín!

Ningún esclarecimiento se ha ordenado de estos asesinatos, á pesar que la vindicta pública señala como cómplices á parientes inmediatos del Presidente de la Junta de Gobierno.

En Valparaíso se condujo preso á la cárcel al infortunado editor y redactor de **EL COMERCIO**, Dr. Rodolfo León Lavín: el hecho ocurre á las 12 M. del 30 de Agosto. Á las 2 de la tarde de ese mismo día, un oficial apellidado Jeanneret, se presenta con una orden del Ministro de la Junta, coronel Holley, y, sin forma alguna de proceso, se le ultima de la manera más horrorosa, partiéndole el corazón á balazos!...

El oficial es premiado á los pocos días con una gubernatura, y los Walcker Martínez, considerados como los principales fautores de ese crimen, pasean

con ufanía recibiendo los agazajos de sus partidarios y cómplices en su obra devastadora!...

Tanto de la horrible matanza y de los escandalosos saqueos é incendios de Valparaíso, como de los crímenes que quedan citados, son responsables ante Dios y ante la Historia, los principales directores de la revolución. De estos ocupan el primer lugar de los acusados, Agustín Edwards, el capitán Montt y el coronel Canto.

I I

De los saqueos y asesinatos perpetrados en Santiago, es el general don Manuel Baquedano y no otro su principal causante: al dimitir su puesto de Presidente de la República el Excmo. señor Balmaceda, dejó bajo sus órdenes tropas rigurosamente disciplinadas, (6,246 hombres), con las que pudo evitar Baquedano las repugnantes escenas de que fue teatro la capital de Chile.

Desgraciadamente, el señor Baquedano, con detrimento de sus glorias y de su propia respetabilidad, complacíase en atizar las persecuciones contra los vencidos y regocijóse ver que las chusmas destruían los hogares de sus antiguos compañeros que á él mismo habían dado nombradía y á Chile días de felicidad y glorias!...

I I I

Con la independencia del hombre que nada teme á las venganzas de los malos patriotas, diremos bien alto lo que motivó nuestras derrotas en Concón y Placilla.

En el primero de estos combates nuestras tropas pelearon con denuedo singular; pero estaba reservado á Fernando Lopetegui, edecán en quien depositaba su confianza el Presidente Balmaceda, ser el nuevo Judas de la traición, colocando algunos batallones, como el San Fernando y otros, donde mayores bajas pudieran hacerle los disparos del enemigo; y retrasando nuestro parque, para quitarnos los medios de defensa!...

En Placilla fueron muchos los nombres que prepararon el desastre de esa batalla, los unos por cobardes, los más por una venta ignominiosa, pagada con los dineros de los conventos y con el fraude de los millonarios!

Allí hubo jefes que se retiraron con Regimientos enteros de las filas, cuando se les llamaba á la pelea, y muchos hasta ordenaron hacer fuego sobre sus mismos compañeros!

¡Y todos ellos se hacían reincorporar al otro día en el nuevo Ejército é iban á solitar el precio de su infame traición!...

Se humillaban hasta el fango, solicitando documentos que atestiguaran haber servido á nuestro lado solo con el fin de expiarnos y asesinarnos por la espalda si era necesario!

En prueba de ello, he aquí un documento, publicado en todos los diarios de Chile como un *timbre de honor* para los agraciados:

Señor Ministro de Guerra:

Cumplimos con nuestro deber al poner en conocimiento de U. S. la nómina de los señores jefes y oficiales que durante los aciagos días de la Dictadura prestaron su concurso á la causa de la revolución, cumpliendo ó estando dispuestos á cumplir las órdenes de la Junta Ejecutiva.

A muchos de ellos exigimos que conservasen sus puestos que trataron de abandonar, con el propósito de utilizar el poder que estaba en sus manos á fin de hacer más eficaz su cooperación; y á otros exigimos también que, venciendo la natural repugnancia de servir aparentemente á la Dictadura desistiesen de sus propósitos de ir á enrolarse en el ejército constitucional, porque juzgábamos en esos momentos más útiles sus servicios conservando sus puestos.

Podemos dar á U. S. esplicaciones sobre los servicios de cada una de las personas que indicamos, anticipándonos á manifestar á U. S. de nuestra parte que en el rol que nos ha tocado desempeñar, cada uno de ellos ha obligado nuestra gratitud personal.

Señores: Virjino Sanhuesa
José Antonio Soto Salas
Arturo Marín
Emilio Antonio Ferreira
Eleuterio Dañín
Anibal Godoy
Alejandro Binimélis
Juan Orbeta
Francisco Ahumada
Fernando Lopetegui
Abel Ilabaca
Juan de la Cruz Salvo
Eugenio Vidaurre
Manuel F. Solo Saldívar
Gregorio Silva
Amador Moreira
Cesáreo Muñoz
José Agustín Echeverría
Lorenzo Campos
Juan Ortega
Germán Fuenzalida
Enrique Muñoz Godoy
Emilio 2.º Sotomayor
Agustín Prieto
Tobías Barros
Zenón Villarreal
Nicolás Yávar

Belisario Campos
Alberto Novoa G.

Cárlos Walker Martínez.—Gregorio Donoso.
—Cárlos Lira.—Pedro Donoso Vergara.

La precipitación de los generales Barbesa y Alcérreca para aceptar el combate de Concón, fue otra de las causales que contribuyó á preparar el desastre final.

¡Cuánta falta nos hizo allí el esperto y precavido general don José Velásquez!

Talvez si se hubiera evitado ese desgraciado combate, á pesar de los traidores, el triunfo hubiérase declarado de nuestra parte!

I V

Hemos entrado á una época de odios y persecuciones, que tiene solo comparación con los días del Terror de la Revolución Francesa.

Las cárceles son estrechas para contener los miles de partidarios del Gobierno caído.

Los viejos servidores públicos son ignominiosamente arrojados de sus puestos. Son reemplazados por individuos ineptos y sin antecedentes de honorabilidad.

El escalafón del viejo Ejército ha sido declarado nulo por los conquistadores, y solo quedarán de él los nombres de los individuos que acrediten haber traicionado la causa de la justicia y de la libertad.

La indisciplina de las tropas llamadas *constitucionales*, es extrema: hace poco, en este mismo mes de Septiembre, se han sublevado las tropas de Santiago, matando al jefe del 5.º mayor Rioseco, al teniente Larraín y á otros.

En tanto, la prensa bate palmas á los traidores, llamándoles *beneméritos* de la patria...

Entre los más festejados figura el ex-sargento mayor Tulio Padilla, el cual entregó á los revolucionarios el Escuadrón Húsares de Collipulli.

Creemos del caso recordar aquí las palabras vertidas por este individuo en Junio del corriente año 91, en un banquete que á la oficialidad del *Almirante Córdell* nos ofrecieron los oficiales del ya citado Escuadrón, banquete dado en la Quinta de Agricultura de Concepción, y, al cual asistieron también los capitanes de navío y de corbeta señores Carlos E. Moraga y Alberto Vargas, el doctor don Víctor Alcérreca, el ayudante don Arturo Olid, los comandantes señores Manuel Antonio Jarpa y Simón Moraga, el coronel don Daniel García Videla y el Intendente de la Provincia don Salvador Sanfuentes:

“Energíá incontrastable es lo que necesitamos para vencer: los traidores que deserten las filas, deben llevar sobre su frente una marca de ignominia, que los descubra á todos con el estigma de réprobos y villanos!.....”

Las palabras transcritas son su propia condenación. ¡Qué hombres y qué acciones!...

En fin, nada mejor que estos versos, que inéditos y sin autor circulan en Valparaíso y que son una parodia de un panfleto de Carlos Walker Martínez, pintan la situación desesperante del pueblo chileno en los primeros días de *libertad*:

LA REDENCION DE CHILE

Al Dictador derrocamos
Por castigar sus horrores,
Y hoy hasta tres dictadores
Humildes revenciamos.

De ese Dictador impío
Ya no quedan ni señales:
¡Se acabaron nuestros males;
Que ya no hay tuyo ni mío!...

La Dictadura atrevida
Quiso confiscar los bienes;
Mas hoy, ¡oh Pueblo! ya tienes
Que se confisca la vida.

Seis Ministros á porfia,
Vigilando nuestra suerte,
Firman sentencias de muerte
Y aprisionan noche y día.

Jueces CONSTITUCIONALES,
Mirádonos de hito en hito,
Tan solo encuentran delito
Entre los *Dictatoriales*.

Es tal la paz y la calma
Y son tantas las bondades
Que gozan nuestras ciudades,
Que en las calles no anda un alma!

Es la prensa noble y culta,
De conceptos expresivos;
No se ocupa ya de vivos,
Solo á los muertos insulta!

Y hace alarde de noblezas
Y levantada hidalguía
Pidiendo de noche y día:
¡Cabezas y más cabezas!

La Dictadura insolente
Amagaba nuestros lares
Con miles de militares
Que asustaban á la gente;

Y hoy, altiva montonera
De foragidos armados,
Circula en vez de soldados,
Robando por donde quiera.

Hoy vemos con vilipendio,
—Y esto no es soñar despierto,—
Que en cada esquina hay un muerto
Y en cada cuadra un incendio!

¿Qué más se puede desear?
Hoy se alzan los batallones,
Y al saqueo por millones
Se llama: ¡vuelta al hogar!

V

Hemos llegado á la última página.

Un nombre benemérito de la Patria nos queda por estampar como recuerdo de admiración y respeto: El nombre de don **José Manuel Balma-
ceda.**

De alma generosa y noble, partidario entusiasta del progreso del país, en la primera época de su Gobierno sus propósitos fueron consolidar en un centro de unión y concordia á todos los partidos

políticos, y fué pródigo en los honores y empleos con individuos que medraron á su sombra. Envanecidos, en sus corazones pronto jermínaron la envidia y la más negra traición. De pigmeos en la miseria y la nulidad, pasaron á ser gigantes en el robo y en el asesinato. Sobornaron la prensa y la opinión, y se pronunciaron revolucionarios el 7 de Enero con la sublevación de la Escuadra. Los piratas políticos de tierra pasaron á ser piratas en el océano.

La historia imparcial y justiciera indicará los actos públicos de **Balmaceda**, venerará su memoria y prestigiará la causa del pueblo: la Democracia sin oligarquía social y religiosa.

Francisco Bilbao, con sus doctrinas filosóficas, rompió las cadenas del fanatismo y fué el mártir del libre pensamiento. **José Manuel Balmaceda**, con su energía incontrastable para defender los fueros del liberalismo democrático, fué el mártir de la Democracia.

Jamás quiso que el pueblo gimiera entre cadenas; jamás fué retrógrado para la civilización del pueblo honrado y trabajador; jamás fué el amparador del cohecho político, ni sanguinario perseguidor de los hombres que en armas se declararon enemigos de su Gobierno.

El nombre augusto de **Balmaceda**, por su vida pública y su martirologio, encarna la verdadera democracia, vencida al presente, pero no extinguida por los *dioses* del oro y del fanatismo intemperante.

El sol de la libertad clarea en la cima andina y la semilla está en el surco. Germinará pronto y el

fruto de la fé y del sacrificio no tardará en presentarse lozano al mundo.

Resignación en la desgracia y fé en el porvenir, debe ser la noble divisa de los que han sido víctimas de la traición y del crimen!

Como sol esplendoroso surgirá del antro oscuro del infortunio, la Democracia que regenera y engrandece á los pueblos.

Quedan aun corazones que sienten el verdadero patriotismo, espíritus que piensan en la verdadera libertad, brazos que repelerán del templo de las leyes á los usurpadores.

¿Qué falta para pronunciar el ¡SUS! de lucha por la restauración?—Solo más fé, más union, más energía!

No es posible que millares de compatriotas coman el pan negro del ostracismo, amasado con lágrimas! No es posible que brazos útiles á la patria permanezcan enervantes, ó que estén sirviendo á naciones vecinas! No es posible que las viudas é hijos desamparados mendiguen de puerta en puerta el sustento diario! No es posible que guerreros distinguidos y ciudadanos prestigiosos permanezcan aherrojados en las cárceles, en medio de vejámenes y privaciones. Y todo, ¿por qué? ¿Por defender una idea, una bandera, un gobierno honrado!

Si queremos el bien de la Patria, si queremos que la libertad y la justicia reconquisten sus fueros, emociónese el pecho por justa indignación, corramos á cobijarnos á la sombra veneranda de la bandera liberal y democrática.

El crimen debe ser castigado. Las víctimas inmoladas claman venganza. ¡Vamos! Los manes del intejérrimo y mártir **Balmaceda** se agitan en su tumba prematuramente abierta.....

¡Ay! de sus victimarios y usurpadores!.....

VÍCTOR J. ARELLANO.

Talca, á 22 de Septiembre de 1891.

